Alina Gadea

Todo, menos morir

emecé cruz del sur

Alina Gadea

Todo, menos morir

emecé
cruz del sur

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Todo menos morir
© 2020, Alina Gadea

Editor: Gabriel Ruiz Ortega
Corrección de estilo: Elizabeht Bautista y Leila Samán
Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú
Foto de Martín Adán, cuadro de Enrique Polanco: Rosana López Cubas
Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados
© 2019, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello Editorial Emecé Cruz del Sur
Av. Juan de Aliaga Nº 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: marzo 2020
Tiraje: 700 ejemplares

ISBN: 978-612-4398-08-7
Registro de Proyecto Editorial: 31501202000194
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú Nº 2020-03125

Impreso en Cecosami S.A.
Calle 3 Mz. E Lote 11 - Urb Santa Raquel, Ate Vitarte, Lima 3 - Perú
www.cecosami.com

Lima - Perú, abril 2020

1

Una ráfaga de alegría atraviesa mi frente. Emilia lleva una vincha de colores y se divierte como una niña traviesa en su bicicleta al borde del malecón. La veo ahora con su abrigo rojo que esconde un ceñido conjunto negro y una expresión adusta en su cara de mujer madura que la hace aún más atractiva.

Es una tarde gris. La garúa nos empieza a mojar imperceptiblemente la ropa con sus gotas diminutas. Intento tomarle la mano, pero ella me la suelta y las esconde en sus bolsillos. Caminamos sin mirarnos, sin decir nada. El frío húmedo y la niebla densa crean una atmósfera irreal al borde del acantilado. Después de mucho tiempo he accedido a sus ruegos; hemos llegado a la puerta del hospital Larco Herrera. Este palacio polvoriento y decrépito, resto de antiguo esplendor creado para albergar a los desheredados de sus mentes. Unas enfermeras contienen el apuro al caminar. Grandes portales de cristales pavonados por el tiempo y el polvo. Grietas en las paredes despintadas. Un bosque árido y lleno de maleza. Uno de los pacientes es el portero. Habla de Cristóbal Colón llegando en un barco de velas por el mar que se atisba detrás

del puericultorio Pérez Araníbar, ese lugar paralelo que intenta acoger a los niños abandonados. Una espléndida arquitectura afrancesada, derrotada también por el tiempo y el olvido. Apenas se oyen los carros y los llantos de los niños. Y detrás de todo eso, el incesante, furioso y lejano bramido del mar contra las rocas.

De niño vivía con mi madre en el Callao. Cuando veníamos a Lima, mientras atravesábamos la avenida del Ejército, sentía un dolor intenso en el pecho. Un aire gris que entraba en mis pulmones. Permanecía sin respirar hasta que terminaba esa pista que divide el manicomio del puericultorio como una herida abierta sin cicatrizar. La tristeza se dividía entre esos dos mundos. Eran dos mareas turbias como una contraola en mi pecho.

Un doctor algo canoso y parco, con bata blanca y corbata, hace entrar a una mujer con su hijo. Me pregunto cuál de los dos es el que está enfermo, o serán los dos, víctimas del peor de los pesares, el maltrato dentro de la familia y su consiguiente resentimiento, esa sensación que no conoce ninguna clase de fronteras, capaz de abrir para siempre grietas inexpugnables. De esas que mantenemos ocultas en lo más hondo de nuestro ser, para no sucumbir. Según me dice luego el doctor, los dos sufren de una neurosis aguda. La madre le recrimina haber arruinado su vida naciendo. También le reprocha haberse quedado sin su marido. Le echa la culpa de absolutamente todo. Y él solo atina

a cerrar los ojos y mover la cabeza de lado a lado. Se está retorciendo mientras el doctor los hace pasar. Luego seguimos en la banca Emilia y yo. No puedo sacar esa escena de mi mente, quizá porque creo reconocer algo de mi infancia en ella. Emilia lee el libro que tenemos siempre en la mesa de noche, *La casa de cartón*, las páginas abiertas en los «Poemas underwood». Algunos pacientes deteriorados por el alcoholismo grave o algún trastorno de la personalidad son atraídos por la lectura a media voz, perciben acaso la calma de la música interna, el ritmo de las palabras. Parecen entender un mundo surreal y se sientan alrededor de nosotros. La niña tirándose al agua, su pelo como un pulpo colgado de un garfio en el mercado. El riel erecto con la piedra inútil. Los guijarros de una playa. El vestido de agua. Los tirantes de su desnudez. Una enfermera abre la puerta del consultorio, la madre y el hijo se retiran. Continúa la andanada de insultos de la madre al hijo con sus tics. Llevan una receta y se alejan ahora en silencio por el vetusto jardín. Siguiente paciente, oigo la voz chillona de la enfermera llamándome por mi apellido: ¡Tasso! Nos levantamos Emilia y yo. El doctor nos hace entrar. Más que un consultorio me parece un dado apremiante con una silla de palo y un color celeste pálido en las paredes, como una escuela fiscal que guarda muchas historias de sobrevivientes. Como si los gritos y pesadillas de antiguos pacientes aún estuvieran ahí. Ecos de batallas perdidas. Hasta en los objetos más comunes,

como un vaso anaranjado de plástico tostado por el sol que se cuela entre los barrotes de la única ventana que tiene el consultorio.

Ella escucha atenta mi historia, calla y mira de rato en rato sus manos, aún bellas en su furia restringida. Un ligero temblor, algo resecas y con las uñas cortas. Las tiene sobre el regazo de su abrigo rojo que desentona, vistoso y elegante, con el lugar y la situación. No puedo dejar de mirarla mientras hablo. El doctor se da cuenta de que la observo y no me dice nada. Recuerdo el aroma de su íntima cotidianidad en mi piel. No hay nada que pueda aplacar este deseo, esta obsesión que solo ella es capaz de hacerme sentir. Me escucho hablar como a otra persona desde lejos. Ella baja la cabeza y encoje los dedos de la mano izquierda. De un momento a otro me interrumpe y parece que va a lanzarse encima de mí para pegarme y acariciarme al mismo tiempo, tal y como lo suele hacer cada vez que la saco de quicio. El doctor le pide que se tranquilice. Luego le dice que tiene razón, que le cree. Que sabe que es cierto lo que ella dice. Que el alcoholismo es una enfermedad grave que destruye a la persona y a los que están a su alrededor. La distorsión de la voz y la mirada. Los días que pasan así, fuera de la vida, sin que importe nada. Un círculo infernal cada vez más radiactivo. Tiene que ser fuerte y sobreponerse, existen grupos de ayuda para los parientes, existen tratamientos. Le dará una medicación a ella también para la ansiedad. Grita que no irá a esos grupos, ni tomará

nada porque no está enferma. Esto se acaba ahora, señor. Otra vez una luz pasa por mi cabeza y la recuerdo desnuda debajo de mí con una expresión de sorpresa tomando aire, los ojos bien abiertos como descubriendo por primera vez un tesoro escondido en el fondo de la tierra. Al fondo del mar. Al fondo de sus entrañas. Un cataclismo en la pelvis, nunca antes experimentado, el opuesto del dolor partiendo caliente y húmedo el centro de su ser. Ese placer que es tan corto y a la vez más intenso que cualquier otra sensación en la vida. Desde ese primer momento nos veríamos cada día. La medicación, muestras gratis de una poderosa droga para dejar de beber, algo que ayudará a que no sucedan incidentes tan desagradables, siempre y cuando ponga de mi parte. Un andrógino con la cara de un payaso grasoso metido en nuestra cama limpia, debajo de nuestra colcha blanca, una tarde llegando Emilia del aeropuerto.

Era un viaje organizado por la universidad donde trabajo, doctor. Había dado conferencias. Sandro y yo hablábamos todos los días o nos mandábamos mensajes. Dos días antes de regresar lo sentí un poco raro y sospeché que estaría próximo a otra recaída. Y así fue, el último día ya no contestó mis llamadas. Los mensajes figuraban como no leídos. En ese momento supe que algo malo le estaba ocurriendo, porque siempre pasa eso antes de sus crisis alcohólicas. Él ni siquiera calculó que yo llegaría ese día; había entrado en tal descontrol que ya nada le importaba, era un ave ciega a ras

del suelo. Al llegar a la casa, abro la puerta de mi cuarto y me doy con los dos desnudos, doctor. No sabía si la otra persona era un hombre o una mujer. ¿Qué, pero qué mierda es eso? Sandro tenía los ojos vidriosos e hinchados, con el cuerpo rígido. Intenté acercármele y era como tocar una armadura. Una expresión malvada, los dientes apretados. Su rostro parecía de pergamino. Todo olía a alcohol y hablaba con esa voz característica, afectada y afeminada.

Trato de hablar pero ella no me deja. Mientras Emilia cuenta ese episodio tan sórdido, rescato en mi mente unos versos que me protegen como un escudo de sus palabras, que me duelen como chicotazos. *El sol brincó en el árbol, después, todo fue pájaros. Lejos, aquí llovía el cielo de tus manos, un cielo pequeñito, profundo, solitario. Hora todo es distancia, ceguedad, aletazo.* Emilia sigue. Parece estar oyendo a una mujer vieja, doctor, o a ratos a un niño, y eso resulta aterrador. Es estar frente a una especie de duende salido de un infierno o ante un delincuente. Creo que es su verdadera voz homosexual que aflora cuando está alcoholizado. Se le salen todos los años que vivió en un barrio arrabalero del Callao.

Balbuceo que aquella vez no llegué a hacer nada con esa persona, que la encontré por la noche en un bar a la espalda de la casa. Que no es cierto que sea homosexual, que tal vez lata algo de eso en mí, en algún rincón de mi ser, como en cualquier ser humano. Ella retiene el aire y mira a un punto fijo. La boca le tiembla. Le digo al doctor que no sé

por qué lo hice. Ella se encontraba de viaje y yo no pude controlarme, quise embriagarme. ¡Chupar!, grita ella. Mientras yo trabajo. Chupar, así habla él cuando está alcoholizado y además usa las peores palabras, como un hampón.

Esa persona no me gustaba para nada. Solo la llevé a la casa, era madrugada y había tomado y no sabía lo que estaba haciendo. Había vuelto a las andanzas, grita Emilia. Vístase ahora mismo, le dije lo más calmada que pude a esa persona, a ese andrógino, a ese monstruo de grasa. Y salga de mi cuarto y de mi casa. Un tiempo atrás hubo un incidente de ese calibre, que me hizo dejar la casa donde vivo con Sandro. Se trataba de una mujer horrenda y gorda que atinó a taparse los pechos enormes y oscuros, caídos, con una areola gigantesca negra y un pezón como un corcho saliente. Ella demoró en levantarse de esa cama y él continuaba como si no pasara nada. La puerta del departamento estaba abierta de par en par. Lo levanté en peso, sentía que tenía toda la fuerza del mundo y más, lo puse como si fuera un péndulo, lo arrinconé contra la pared y le grité mil veces que cómo se había atrevido a hacerme eso, que no merecía ese trato, que lo único que hago en esta vida es quererlo y admirarlo a pesar de todo. Que no puedo y no quiero dejar de tenerlo en mi mente. Pensé en ir a la cocina, coger un cuchillo y clavárselo. Estaba dispuesta a hacerlo pero me contuve y no niego que hay veces que me arrepiento de no haberlo hecho. La mujer recogió sus cosas

como pudo, se embutió la ropa y salió sin zapatos corriendo del departamento. Yo me quedé en medio de la sala, sin poder levantar la cara. Mientras, las puertas seguían abiertas de par en par. Ya los vecinos se asomaban y llegaba a oír algunos comentarios de ellos. Él continuaba bamboleándose, sin ningún tipo de vergüenza, con apenas el pantalón puesto sin abrochar y su miembro asomándose.

Es que no es él, no es él cuando ocurre eso. Tienes que tranquilizarte. El doctor acerca una caja de kleenex. Ella llora y añade que esta vez fue demasiado lejos, que ya había perdonado el anterior incidente pero que esto era el fin. La decepción es un camino sin retorno y yo ya no quiero seguir más con un hombre así. No lo merezco. Se derrumba sobre el escritorio del doctor donde permanece sollozando sin parar, cada vez más frenética y finalmente se levanta y se marcha cerrando la puerta sin hacer ruido.